

Raíces culturales del Mercosur

Geopolítica del mestizaje (4)

por Daniel Vidart

La dialéctica conquistador-conquistado tuvo distintos acentos regionales en América. En el área antillana el indígena desapareció en poco tiempo y fue sustituido por el esclavo africano. En las zonas andina y mesoamericana, donde se habían desarrollado las altas culturas sierrales, se produjo una lenta pero intensa síntesis de técnicas y valores, amén del mestizaje somático que le otorgó perfiles característicos a un nicho a la vez físico y cultural. Allí, en esas zonas elevadas y salubres, alejadas de los pantanos y el calor agobiante, el conquistador europeo vivió preferentemente en las ciudades, mientras sus subordinados, el indio y el mestizo, cultivaban los campos, ya en el agro señorial, ya en el minifundio periférico. Configuraron de tal manera sociedades antagónicas y a la par complementarias -constituidas por la pareja dominador-dominado, el amo y el esclavo hegelianos-, cuya ubicación en distintos espacios geográficos y sociales no estuvo exenta de franjas de coexistencia y síntesis transfiguradoras. Por su lado, en las zonas silvales y marginales se operaron cuatro distintos procesos.

UN LITORAL AFRICANIZADO

En primer lugar, como ya se vio, los indígenas tupies y tapuyas litorales de la franja que orilla el Atlántico desde las bocas del Amazonas hasta San Vicente, son empujados al interior, esclavizados o exterminados, aunque un porcentaje bastante alto se mezcló con los lusitanos y originó el **caboclo**, el arquetipo espiritual brasileño. Los indios dominados, que en una primera fase de la conquista fueron obligados al trabajo servil, no eran aptos para realizar las duras labores exigidas por el cultivo y procesamiento de la caña de azúcar.

Esta característica, mitad fisiológica, mitad idiosincrásica, propició la introducción de negros africanos, quienes, como no podría ser de otro modo, llegaron con el legado de distintas culturas a costas. De tal suerte el gran colapso entre los portadores carnales y espirituales a la vez de dos distintos cuerpos de costumbres y visiones del mundo tendrá por protagonistas a los lusitanos, devotos del cristianismo popular en su mayoría, y a los marranos, generalmente criptojudíos, por el lado europeo, y a los negros animistas y mahometanizados, por el lado africano. Recuerde el lector que los negros sudaneses llevados al Brasil habían sido islamizados por la prédica religiosa de los traficantes árabes y berberes, a tal punto que el Corán era leído por una minoría de doctos esclavos mientras muchos portugueses del pueblo llano perseveraban en el analfabetismo.

La esclavitud africana en los grandes ingenios de caña de azúcar propició una división en la sociedad y en la cultura, la que, por cierto, no fue inmune a las conjunciones de cuerpos y de almas, al mestizaje somático y a la mixión entre distintas herencias históricas. Los negros se concentraron en las **Senzalas**, enormes barracones donde la afrikanería recuperó a medias las raíces de su rica mitología e inauguró novedosas formas de adaptación al medio. Por su parte, las aristocracias terratenientes de origen portu-

far niente cotidiano. Esa languidez diurna se transformaba en merodeo nocturno, pues la lujuria emprendedora del amo no le hacía ascos a la negrura de la epidemia si debajo de la misma se escondía una muchacha en flor. Y de estas uniones surgiría un mundo mulato que, a lo largo de los siglos, iría definiendo los perfiles étnicos del Brasil actual.

Algunos cálculos realizados por los cronistas contemporáneos al inicial proceso poblador consideraban que al finalizar el siglo XVI vivían en la costa atlántica del Brasil alrededor de 60.000 personas cuya composición era la siguiente: 10.000 europeos, 20.000 esclavos africanos bozales y criollos, 30.000 indígenas mansos sujetos al dominio portugués. Esta evaluación incluía a los productos del mestizaje, que por ese entonces eran ya abundantes.

LOS SANTUARIOS SELVÁTICOS

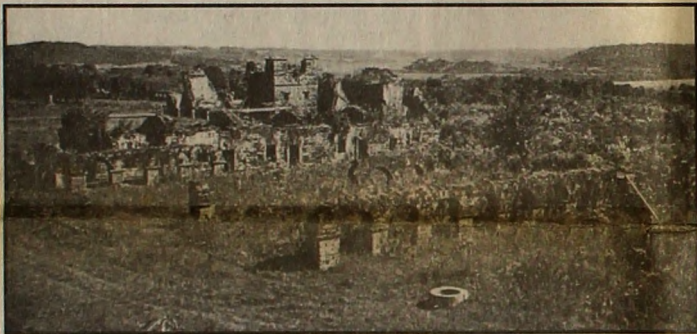
Mientras los indígenas del litoral atlántico eran expulsados, aniquilados o absorbidos por el conquistador y colonizador foráneo otro era el destino de los indios refugiados en las hondas marsupias de las selvas amazónicas -habló de la cuenca del gigantesco río, que incluye el árbol fluvial de sus tributarios- y en los bosques y pantanos del Mato Grosso. Esos aborígenes, si bien algunas entradas de las **bandeiras** llegaron a rozar sus flancos, estaban al margen de lo que sucedía en los litorales.

Los protegía el muro vegetal de los árboles, las distancias sembradas de

a sua língua e seus costumes- assim como também se encontraram os que provém dos tribos e grupos dos quais nenhum explorador antes de nós havia obtido sequer um instantâneo, como acontece com os Nhambiquara, cuja existência estava apenas vagamente assinalada, mediante referências resumidíssimas e todavia elvadas de inverdades...



Ángel en Getsemani, detalle de la estatua. Museo de San Ignacio.



Ruinas de Trinidad.

obstáculos de todo tipo -caudalosas corrientes de agua, ásperas serranías, extensos esteros- y la carencia de incentivos económicos puesto que las florestas, por ese entonces, no habían revelado a los europeos y criollos el esplendor crematístico de sus ecosistemas.

Tiempos después esos indios santuarizados, ajenos al tiempo histórico de las sociedades capitalistas, integrantes de las sociedades "frías" al decir de Lévy-Strauss, o sea las reacias a la dinámica del cambio espectacular propia de las sociedades "calientes" del área del Occidente europeo, serían alcanzados y destruidos con prisa y sin pausa. El ciclo del ganado en los campos de Rio Branco, la era de la **borrachá** protagonizada por los caucheros y el **rush** de los **garimpeiros** Amazonia adentro, a lo que se sumó la deforestación galopante provocada por apetencias económicas distintas a las de las culturas autóctonas, provocaron una hecatombe entre los aborígenes silvícolas, integrantes de centenares de tribus y comunidades. Ni el benemérito General Cândido Mariano da Silva Rondon ni el **Consejo Nacional de Proteção aos Índios** pudieron detener el genocidio, que se cumplió mano a mano con el etnocidio. En el primer tomo de **Índios del Brasil**, 1946, el General Rondon, cuyo lema era **"Morre,**

LOS INDÍGENAS DE ARMAS TOMAR

Finalmente existen dos grupos más de indios. Unos son los reducidos, los vestidos, los domesticados, integrantes de las Misiones Jesuíticas, y otros los alzados, los desnudos, los irreductibles. Estos últimos integran las tribus combatientes, las que en el impreciso **límites** geográfico, aunque no cultural tendido entre la "civilización" y el "salvajismo", se juegan por la causa de la libertad. No se trata de esa "libertad" abstracta, teñida por la retórica de los valores éticos y aún metafísicos que inició su carrera en el orbe filosófico y político a partir del discurso de la ilustración, corroborado por la Revolución Francesa, sino de la que tiene que ver con el soberano talento del espíritu arisco y la real gana del alma no subyugada. Esa libertad, desplegada en un ecosistema sagrado y de duena de un tiempo orgánico y no mecánico estaba, sobre todo, relacionada con el disfrute de los frutos de caza todavía vedados al Otro. Constituía la oscura, la intuitiva **ratio** de los desplazamientos colectivos no coartados por la presencia de los dueños de la pólvora y el caballo, aquellos hombres barbudos que, a la brava, desparaban balas y epidemias en las praderas y en los bosques maternos.

Los guaraníes ajenos al experimento de los jesuitas, los guaycurúes, los indios chaqueños, los charrúas y demás pobladores de las pampas, así como los menospreciados **bugres**, lucharon contra los invasores hispánicos con distinta fortuna. Unos fueron prontamente corridos más allá de la frontera labil existente entre el cristianismo y el paganismo al tiempo que otros, como los charrúas y los pampas, combatieron con tesón indeclinable hasta la matanza final a cargo de los criollos.

LOS INDÍOS "REDUCIDOS"

Los indios guaraníes que formaron parte de las Misiones Jesuíticas desde el año 1607 hasta 1767 no pertenecían al grupo inicial que, bajo el gobierno de Irala, demandó a los vientos indígenas los menesteres de un desenfrenado mestizaje. Ya se vivía en otro siglo: tanto los españoles como los lusitanos, conjuntamente con sus descendientes, trataban de consolidar los dominios iniciales y comenzaba el forcejeo fronterizo. Tanto los encomenderos de adentro como los **bandeirantes** de afuera determinaron, entre otros factores, que los padres jesuitas iniciaran y consolidaran, no sin sacrificios y sobresaltos, lo que fuera llamado el **Sacro Experimento**. Las Misiones se exten-

dieron por lo que hoy constituyen los territorios del Brasil, el Paraguay y la Argentina. Han corrido ríos de tinta sobre la República de los Guaraníes, que no fue tal pues los padres supieron gobernar con mano férrea e inteligencia pragmática aquella teocracia tropical. Existen entusiastas apologistas y duros detractores entre aquellos que, contemporáneos o extemporáneos al mismo, han juzgado el magno emprendimiento de los Soldados de Cristo. Basándose en la ganadería, la agricultura y una incipiente industria las Reducciones, convertidas luego en Misiones, desempeñaron un impar papel en esos dramáticos siglos librados a la depredación europea. A partir de grandes aldeas militarizadas los jesuitas adentraron y aculturaron cientos de miles de indígenas guaraníes, enseñándoles las artes mecánicas y los oficios europeos, la música y el canto, la pintura y la escultura. Carpinteros, torneros, tejedores, albañiles, sombrereros, herreros, hortelanos, ganaderos y yerbateros formaron el inmenso contingente indígena que, inicialmente, hubo de defenderse de la mano larga de las **bandeiras** paulistas merced a la

constitución de milicias adiestradas por los padres y por ellos conducidas a combatir contra los **mamelucos**. Pero además los indios realizaron gigantescas arreadas de reses cimarronas desde la Vaquería del Mar, hoy el Sudeste del Uruguay, hacia las estancias ubicadas en la periferia de las Misiones. En Argentina, formando cerco en derredor de Yapeyú, y en los Pinares de lo que actualmente es el Estado de Rio Grande do Sul, se dilataban los potreros e invencibles donde los jesuitas habían establecido un enorme imperio ganadero.

Pero hay más: los españoles, suman sus fuerzas a las de éstos para

malas artes del Demonio que había denunciado Ruiz de Montoya, pasó a ser el producto que mantuvo, gracias a un activo comercio con la zona, la floreciente pujanza económica de las Misiones. En las jangadas que bajaban por los ríos Uruguay y Paraná los jesuitas invaden los mercados rioplatenses y parten a lomo de mula para tentar la conquista del mundo cordillerano.

En efecto, con el propósito de acabar con el reinado de la coca en la zona andina se envían nutridos cargamentos de yerba. De tal modo, sustituyendo un alcaide "duro" por otro más placentero, objetivo que al cabo fracasó, los padres procuran imponer la costumbre del mateo a los **quechuas** y pobladores criollos de las tierras altas. Hoy, pura arqueología ya, los mates y bombillas que se exhiben en los museos de Chile, Perú y Bolivia dan cuenta de aquellos antepasados esfuerzos. El mateísmo contemporáneo, tan arraigado en Paraguay, Argentina, Uruguay y Sur del Brasil y de Chile, debe sin duda su difusión a la cultura de la yerba implantada en la región por la Compañía.

LA HERENCIA MISIONERA



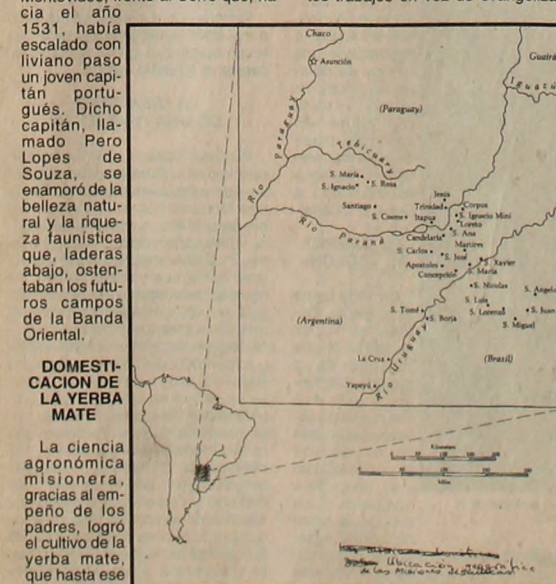
Cristo Crucificado. Museo de San Ignacio.



Fachada de la Iglesia Sao Miguel.

expulsar a los portugueses de Colonia do Sacramento, combaten contra los Comuneros paraguayos, derrotan con dos mil "vocas de fuego" a los charrúas en el terrible combate del Yí (1702) y ayudan - el contingente era de casi dos millares de "taipes" - a levantar las murallas de la ciudad-fortaleza construida durante el bienio 1724-26 en la Bahía de Montevideo, frente al Cerro que, ha-

cia el año 1531, había escalado con liviano paso un joven capitán portugués. Dicho capitán, llamado Pero Lopes de Souza, se enamoró de la belleza natural y la riqueza faunística que, laderas abajo, ostentaban los futuros campos de la Banda Oriental.



Ubicación geográfica de las Misiones Jesuíticas.

La ciencia agronómica misionera, gracias al empeño de los padres, logró el cultivo de la yerba mate, que hasta ese entonces era selvática. El **caa-i**, la tisana mágica de los guaraníes, elaborada de este modo de las

trina asisten dos Jesuitas no mas, el uno es el Cura, y el otro su Compañero: tienen a sus Indios tan impuestos en el trabajo de todas las cosas, que es una admiración la tolerancia y sufrimiento que tienen; pues sien-



Virgen de la Anunciación, Santa Rosa.

do así que todas las haciendas, los ganados, las sementeras, las tierras, y todo lo demás que trabajan y fabri-

can, es y pertenece a dichos Indios, de nada participan, ni tiene los dichos Indios el más leve uso de cosa alguna, porque todo cuanto producen y adquieren con el sudor y trabajo de los Indios, lo recogen, perciben, y manejan los Padres Curas, y por su mano se les da a los Indios la comida y el vestuario, que siempre es bien escaso, y no les permitan acción de dominio ni en un caballo, ni oveja, ni en una vara de lienzo, y es tanto el rigor que practican con ellos, que pasa de esclavitud la gran servidumbre y miseria, en que los tienen, y solo su abalida pusilanimidad (porque son los únicos Indios cobardes, que tiene aquella Region) pudiera sobrelevar tan desmedida opresión, trabajo, e infelicidad. No hay Nación, ni Indios mas ricos, ni tampoco los hay mas pobres: no los hay mas favorecidos de privilegios, ni tampoco los hay mas desventurados, porque la opulencia y fertilidad de sus pingües territorios solo la logran, la disfrutan y manejan los Reverendos Padres en abundantes comercios para su propia utilidad". (Los Jesuitas en el Paraguay, 1769).

Esta inquina oficial hacia la labor de los jesuitas culminará con la Real Pragmática de Carlos III quien, Borbon al fin e iluminista a la española, clausura abruptamente la obra de los padres en el año 1767. La Compañía es entonces expulsada, con lo puesto, del territorio español y poco después la medida se extiende a las tierras imperiales de Ultramar.

Los guaraníes, expuestos a caer en manos de los **mamelucos** y **bandeirantes**, huyen de las Misiones. Los que estaban en el Paraguay se incorporan a la población criolla.

Y de los que habitaban los Siete Pueblos del alto Uruguay casi veinte mil se diseminan en la actual Meso-potamia argentina y otros tantos entran en lo que hoy es nuestro territorio.

Estos indios, que ya nunca podrían retornar a su vida selvática, destribilizados, agrupados en familias, aculturados hasta el punto de adoptar nombres y apellidos españoles para mimetizarse con el hostil contorno social, dan origen a un paisaje cristianizado, laborioso, ducho en las tareas agrarias y, sobre todo, pecuarias. De tal modo se concentraron en núcleos poblados o, lo que fue más frecuente, se incorporaron a las peonadas de las estancias. En el Uruguay cerraban así el ciclo iniciado por las grandes recogidas de ganado de fines del siglo XVII y comienzos del XVIII a cargo de los **camiluchos** -los camilos eran los ayudantes de la misa- quienes, culminando la labor toponímica de sus antepasados hermanos de raza en la Plata, sembraron los centenares de nombres guaraníes que actualmente designan los arroyos, cerros y demás accidentes geográficos de nuestro país.



Casas de indios restauradas donde actualmente se alberga el museo de la Reducción Santa María.

gués, que disfrutaban privilegios casi príncipescos amañados al ambiente americano, habitaban las **Casas Grandes**, solidamente construidas y lujosamente dotadas de porcelanas chinas y cristalerías transatlánticas. Allí, lánguidamente apoltronados en espaciosas y frescas verandahs, abanicados por **muleques**, regodeando sus ojos en las caderas cadenciosas de las doncellas negras que iban y venían casa adentro y corredor afuera, los señores desovillaban sus holganzas cuando la fiesta o la misa no interrumpían el dulce

se fôr preciso; matar, nunca" escribe: "Entre as tribos e grupos indígenas que figuram nestes três primeiros volumes, encontram-se fotografias de Indios que há séculos experimentaram as agruras dos invasores estrangeiros e das incursões violentas dos Bandeirantes -como é o caso típico dos Ariti, descobertos em 1723 e graciosamente cognominados de parecidos pelos portugueses, em contradição ao nome que os próprios indios dão a sua nação: "Ariti", conforme verificamos, estudando